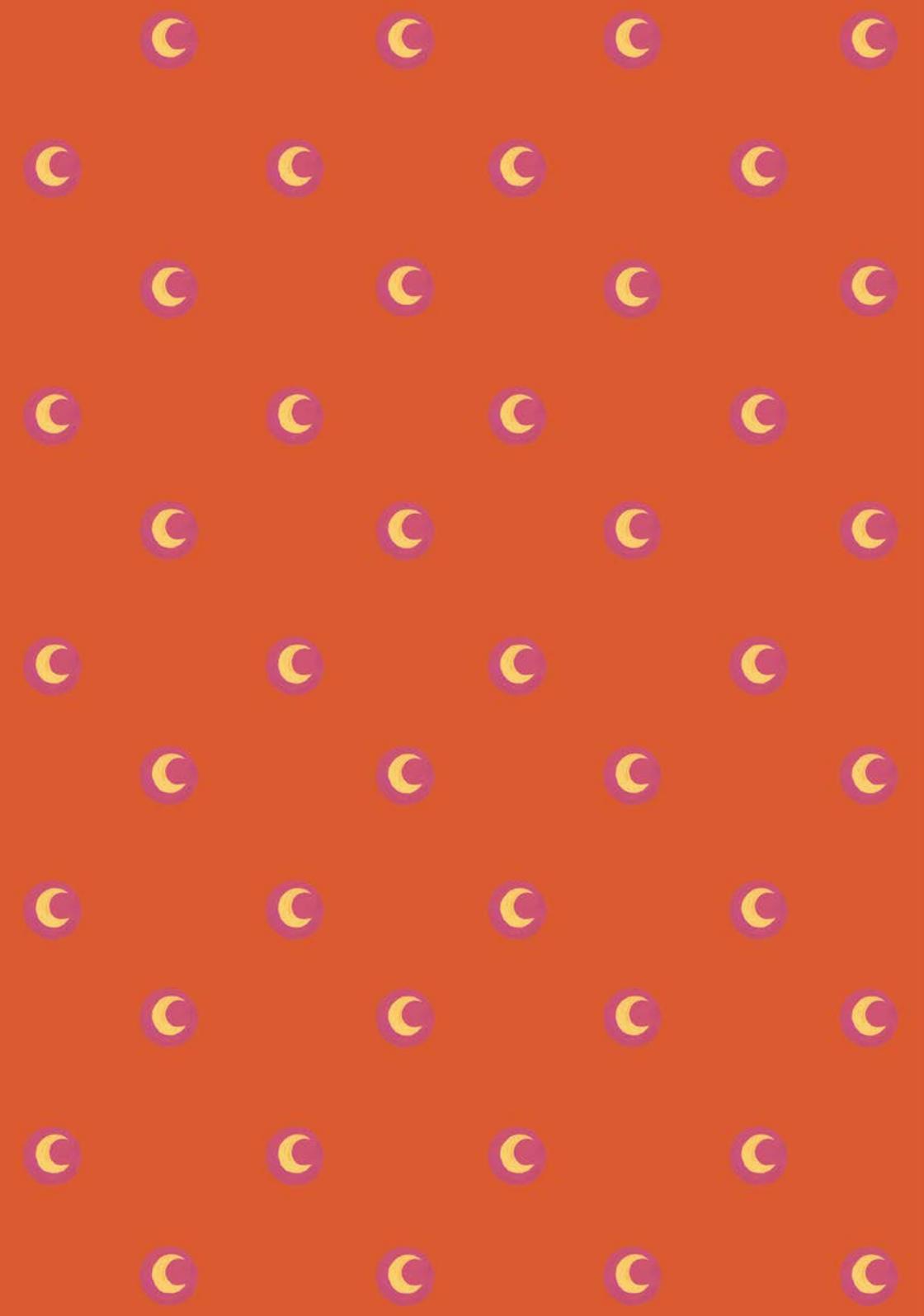


ALLÁ, EN UN PUEBLO LLAMADO
CUATRO TUMBAS,
UNA VEZ, UNA NIÑA LECHUZA

EMILIANO ARÉSTEGUI (TEXTOS) • FRIDA SOLANO (ILUSTRACIONES)





ALLÁ, EN UN PUEBLO LLAMADO
CUATRO TUMBAS,
UNA VEZ, UNA NIÑA LECHUZA

Allá, en un pueblo llamado Cuatro Tumbas, una vez, una niña lechuza

Primera edición, 2023
Colección: Alas de Lagartija

© Emiliano Rafael Aréstegui Manzano, por el texto.
© Frida Solano Martínez, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.
Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.
Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación:
Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-235-3
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

alas raíces



ALLÁ, EN UN PUEBLO LLAMADO CUATRO TUMBAS, UNA VEZ, UNA NIÑA LECHUZA

EMILIANO ARÉSTEGUI (TEXTOS) • FRIDA SOLANO (ILUSTRACIONES)

San Juan Tabaá es un pueblo anclado en el corazón de la Sierra Norte de Oaxaca. Si estás en Oaxaca y quieres venir, debes entrar por Guelatao, pasar Ixtlán, Capulálpam, Xiacuí, La Trinidad, dejar pasar el camino a Yahuio y la desviación a Zoochila, Zochina y los Yatzachis. Ojalá te sea de noche y vengas de Yaganiza o Xagacía, o alguno de esos pueblos de por allá, porque de noche, pasando el tramo que sube a Zoochila, te mira Yalalag y Yalalag es un jaguar, que abreva en la laguna de sus luces. Hablo de Tabaá y me voy para Yalalag. Para ir a Tabaá no hay que desviarse, sino seguir derecho hasta Zoogocho, y ojalá te sea día de plaza para que los colores te pinten los ojos y los olores jueguen tu nariz. Y ojalá los especialistas estén practicando, llenando con su música de viento todo el aire. Por ahí, más abajito, a mano machete, está Santa María Tavehua, la tierra de las guacamayas, dicen, aunque las únicas guacamayas que hay, aparte de las de barro cocido, son las que están pintadas en los tableros de las canchas, porque lo cierto es que ni entre las piezas de barro hay guacamayas.

Pero ya casi llegamos, se bajan estos cerros, se suben aquéllos y ahí se hace San Andrés Solaga, sólo que por Solaga hay que pasar volando porque hay tanto cielo y tanta nube y tanto cerro que a uno le dan ganas de quedarse ahí, escondido en un trazo de ese mural que habita al lado de la agencia. Dan ganas de volverse parte de la coraza de ese armadillo, chulo de tan bien pintado.

A poco tiempo de ahí, pasando la desviación que va al Porvenir, pero sobre esa misma cordillera, está Yojovi, y en Yojovi uno se da cuenta de que casi en todos los pueblos, de La Trinidad para acá, hay pocos niños. En Yojovi no es así, allá hay mucho chamaco.

Y ahí nomás, pasando la escuela primaria, se baja a San Juan Tabaá.



Yojovi y Tabaá comparten cada uno su lado de la montaña y en los dos pueblos hierven los chamacos. Tabaá es más grande, su panteón es bonito y su iglesia enorme. Tabaá en español no significa nada, pero en zapoteco *tapa bá*, significa: “cuatro tumbas”. La historia de por qué San Juan Tabaá se llama San Juan Tabaá no cabe en este cuento.

Su panteón es uno de los más vivos que he visto, sus tumbas son de laja y cada tumba está formada por cuatro lajas y una cruz, todas a ras de suelo. Al fondo hay una capilla blanca de puertas azules, su techo de lámina teje su adentro con haces de luz. Y atrás del panteón, ahí sobre el final del cerro, un montón de árboles acompañan y resguardan a los muertos.

Yo les voy a contar una historia que sucedió aquí, en San Juan Tabaá, aunque el hombre que me la contó, me la contó muy lejos, y me advirtió que era un cuento brujo, hechizo y hechicero. Un relato que gira y se acomoda como se acomoda la palabra en la voz de los pueblos:

Hace mucho pero no tanto, vivían aquí, además de otros muchos, una familia chiquita, y no digo chiquita porque fueran enanos, no, no, lo digo porque eran tres: mamá, papá y una niña. Y aquí podría decir sus nombres y hacerlos nacer como si fueran flores. Lo mejor es no hacerlo, es mejor guardar respeto a los que están y a los que estuvieron. Es mejor echar sus nombres en una caja y regalarla al viento. Baste con saber que eran tres, que eran tres y eran contentos.

Era una familia cualquiera de esas que festejan la comida cuando comen y guardan en los ojos la dicha de comer su cosecha. Una familia común y corriente de esas que no aparecen en los cuentos porque no los habita tragedia ni ventura.

La mujer, como muchas mujeres del pueblo, sabía curar con la palabra, conocía el nombre y la sustancia de las plantas,





y tenía en la voz la cosecha y siembra de otras voces. Su padre era músico, campesino y carpintero. Y a veces cantaban para madurar las tardes, o caminaban a ningún lado. Los tres tenían ojos luceros, pero ella, la niña, quien estaba por cumplir los siete años, era quien tenía los ojos más negros.

Y un día, mientras sus padres dormían, ella, la niña, se quitó las cobijas de encima y de un salto llegó al dintel de la ventana, pero cuando llegó al dintel de la ventana ya no era niña, era una lechuza y lechuza salió volando. Su mamá lo vio todo, así que cuando la niña salió volando, lechuza, por la ventana, ella empezó a gritar. El señor despertó y vio a su mujer vuelta alarido.

—¿Qué pasa, mujer? ¿Qué pasa?

—¡La niña se convirtió en lechuza y salió volando!

—¿Cómo? ¿Salió volando o se la llevó una lechuza?

—Ella se convirtió en lechuza y salió volando.

—¿Pero cómo, si la niña no sabe volar?

—Eso te estoy diciendo. Primero se convirtió en lechuza y luego se echó a volar.

—No entiendo nada.

—Tampoco entiendo, pero así fue.

—¿Cómo así?

—Así. Así como te estoy diciendo. La niña se quitó las cobijas; la niña saltó a la ventana y antes de caer sobre el dintel ya era una lechuza y como una lechuza cayó sobre el dintel. Era una lechuza blanca como son las lechuzas que son



blancas. Y hasta volteó a verme —dijo—. Volteó a verme y yo casi casi sentí que me dijo: “Orita vengo mamá, no te preocupes”. Así me lo dijo, con su cara blanca y sus ojos negros como son los ojos negros de mi niña. Lo sé porque me miró antes de echarse a volar.

Y siguieron discutiendo. Ella intentaba explicar, él intentaba entender. Y así, con la congoja en las manos y sin saber qué hacer, se fue la noche. Allá, sobre el cielo, pintó sus primeros colores el lubricán ese que le dicen, o la rosada aurora como también le han dicho. Y ahí estaba ella, la mamá, mirando toda entera de certeza y esperanza. Toda ahí: ojos en la ventana.

Fue entonces cuando vio a la lechuza allá en el cielo, y apenas la vio supo que era la lechuza en la que su hija habitaba, la vio dar varias vueltas arriba del pueblo y con cada vuelta estaba más cerca de casa, hasta que entró.

Ahí, sobre el dintel era lechuza, pero de un salto era niña y niña cayó sobre la cama.

—¿Adónde te fuiste, chamaca, adónde andabas?

—Soy una niña lechuza, madre. Vuelo mientras ustedes duermen.

Y estuvieron hablando largo y mucho. Al poco tiempo llegó el padre, que se había salido a buscarla, saber a dónde, pero cuando vio a la lechuza volar sobre el pueblo, se vino de vuelta.

La niña estuvo contando sus noches, les dijo que a veces volaba hasta donde se acaba el zapoteco y se habla el ombeayet. Volaba, les dijo, hasta una laguna enorme y salada a la que la gente del lugar llama Mar Muerto y les contó muchas cosas, y les describió muchos pueblos.

—Y ahora prométeme que no volverás a hacerlo —dijo el padre—. La niña inclinó la cabeza, abrió los ojos y lo miró de lado.

—Eso no puedo, padre; soy tu hija, pero también lechuza. Es ley que vuele, mientras los otros duermen.

Y luego de muchas palabras, mucho pensar y mucho entender, la mamá dijo:

—Promete, entonces, hija, que siempre volverás con la alborada.





Y pasaron los años entre cantos y cuentos. Hasta que un día ocurrió, como en todos los cuentos ocurre, una tragedia. La mamá de la niña se desbarrancó un día que andaba caminando acá, de este lado. Ya ves, está muy inclinado. Por ahí se desbarrancó y desde entonces se le rompió algo adentro, en lo hondo, en las vísceras. Un algo se quebró, se derramó y se le fue regando el dolor por todo el cuerpo.

La casa estuvo enferma hasta que llegó la muerte. Luego, la casa estuvo triste, pero ahí, donde hay memoria, nacen flores. Así, padre e hija aprendieron a comer solos y a platicarse hasta llenar su memoria de recuerdos. Pocos meses

después, mientras platicaban, la casa se llenaba de una alegre melancolía. Y así se fueron curando poco a poco. Algunas tardes comían en el panteón y luego iban ahí, al final de la loma, colgaban una hamaca y le cantaban canciones a su muerta. Y también pasó lo que siempre pasa, el padre se hizo amigo de una mujer y al poco tiempo comenzaron a hablar de vivir juntos.

Por ese tiempo él le dijo a la señora que su hija era una niña lechuzca y que en las noches volaba, pero que siempre regresaba antes de que naciera la mañana.

—Pues cuando viva en tu casa se acabarán esas salidas. Los niños necesitan disciplina, no permitiré que eso suceda.

—¿Cómo que no permitirás que eso suceda?

—No permitiendo que suceda.

—La ley es ley, a mí no me gusta que la fruta se pudra, pero el zapote crece, madura y luego se pudre.

—No me gusta, me parece que es una forma de desentenderse. Me encargaré de ella y dejará de hacerlo.

—No se trata de gustos. Es la ley, ya lo dije. Yo quisiera estirar los días, pero nada se puede hacer contra la noche. No se trata de gustos, ¿entiendes?

Ella dijo que sí, que estaba bien, que lo entendía. Eso fue lo que ella dijo, por eso al poco tiempo ya estaban viviendo juntos.

Lo sé. Siempre, en todos los cuentos, hay una madrastra, y resulta que la madrastra es mala. Lo sé y lo siento, este cuento no es distinto y no pretende serlo.

Y otra vez eran tres, pero vale decir que no eran contentos. La señora no tenía buenos modos con la niña. No le daba gusto servirle, no le dirigía la palabra. Había pocas sonrisas entre ellas, y las pocas que había, se debían a que él estaba presente.

La niña habló con su padre y le dijo todo lo que él veía, aunque era lo mismo que se negaba a ver. Y también le dijo que su mujer la maltrataba, y que él lo permitía.

—Yo nunca he visto que te pegue.

—Y no necesito que me pegue.

—Pareciera que eso me estás diciendo.

—No dije me pega, papá, dije me maltrata. Y también dije que tú se lo permites.

—¿Yo se lo permito?

—¿Papá, estás repitiendo lo que te estoy diciendo?

El papá la miró y guardó silencio.

—Digo que se lo permites. Y digo que lo permites porque no haces nada para que deje de hacerlo.

—Ella es así, hija, pero no es mala.

—Pues no es así contigo, ni con mis tías, ni con los hijos de mis tías. A mí me habla golpeado, me niega la sonrisa, me afea la mirada. No le gusta lo que soy, padre. A veces siento que hasta prefiere no mirarme.

—No es que no le gustes, hija, es sólo que no lo entiende. Dale tiempo.

—Ya tuvo tiempo suficiente —dijo la niña, e inclinó la cara, brilló los ojos y lo miró de lado—. Padre, debes hablar con la señora.

Él dijo que sí, que se ocuparía, que no se preocupara. Y cerró la discusión diciendo que tenía trabajo.

—Hoy arreglo todo, tú no te preocupes —le dijo.





Lo cierto es que todo siguió muy igual. El padre no habló con su mujer, quizá por desidia, quizá para evitar una discusión o prevenir un mal momento. Lo cierto es que pasó el tiempo. Y pasado el tiempo el señor recibió una encomienda, debía ir a Oaxaca y debía llevar con él a otras personas a las que iría recogiendo por el camino, por todos esos pueblos que ya dije. Una tarea de dos, tres días.

La niña estaba nerviosa y le dijo:

—Yo te acompaño.

—No, no puedo llevarte.

—Entonces, llévatela contigo.

—No, no puedo llevarla.

—Entonces, pídele, por favor, que te espere en casa de mi tía.

—Sabes que no puedo hacer eso.

Ella lloró y le pidió que hablara con la mujer.

—Estoy segura —le dijo—, pero segura: ella me va a cerrar las ventanas.

—No, no lo haré. Yo voy a hablar con ella —le dijo—. ¡Ya! Cálmate y estate tranquila —también le dijo.

Lo cierto es que el señor se fue sin hablar con la señora. No sé si por desidia o para evitarse problemas. No, no se piense que no la quería, los padres casi siempre quieren a sus hijos, y para él su hija era la niña de su corazón, la lechuza de sus ojos. Sé que es así, pero sé también que el hombre se

fue sin hablar con la señora, quizá por desidia, quizá para evitarse problemas...

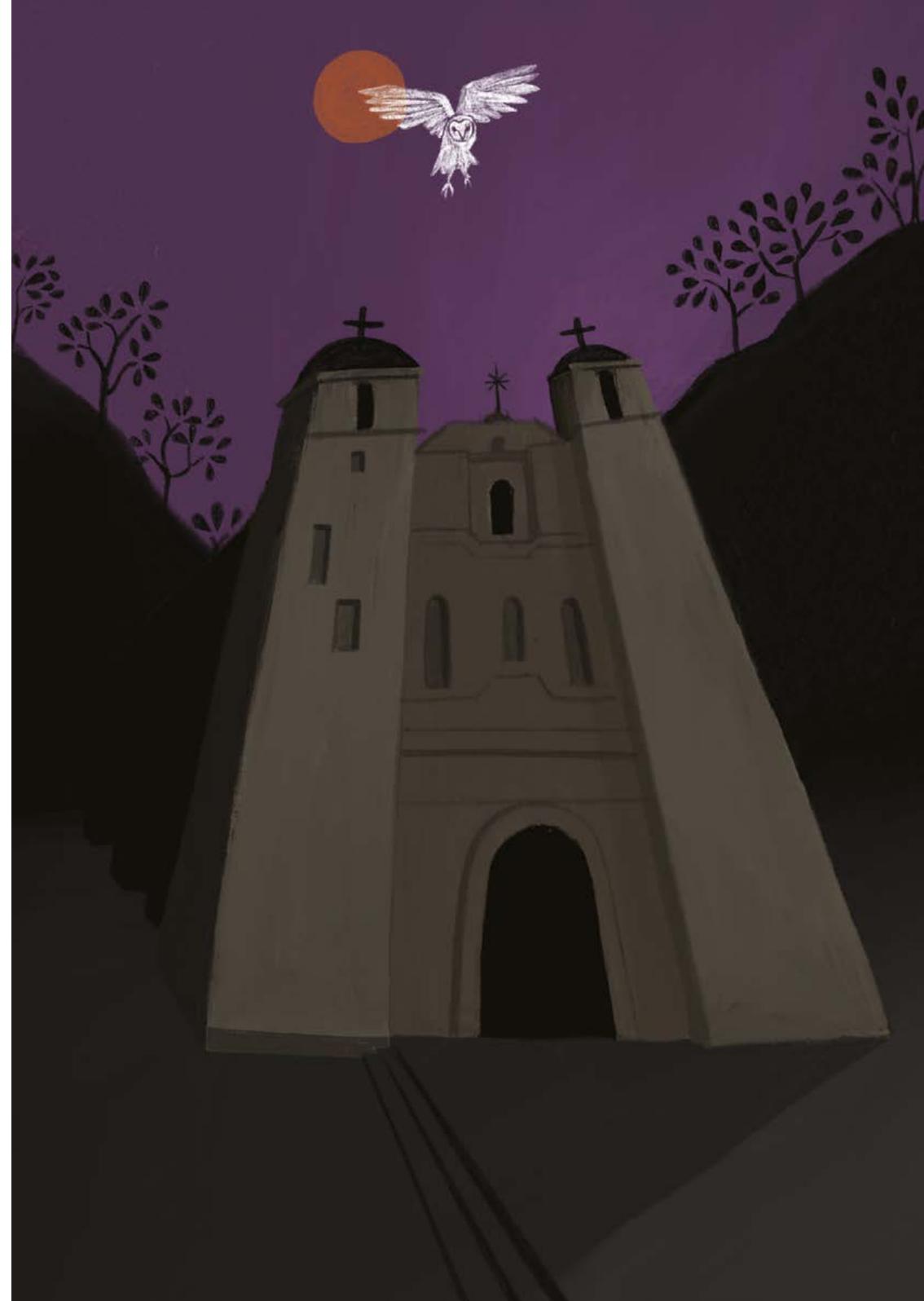
La ley es ley. Esa noche había luna llena y la mujer estaba esperando a que la niña saliera. La niña sabía, pero no pudo hacer nada.

De pronto se quitó las cobijas y vuelta lechuza se posó sobre el dintel de la ventana. Y no bien se escuchó el romper del viento ahí entre las alas, la mujer se levantó de su cama y corrió hasta la ventana. Y gracias a la luz de la Luna pudo ver a lechuza. Dicen que llena de miedo y de rabia cerró la ventana, y dicen que la atrancó con un clavo para impedir que se abriera.

La niña, quien ya no era niña sino lechuza, largó sus alas y su mirada y voló, quizás hasta más allá del Mar Muerto. Entonces, se hizo el alba, la niña lechuza volaba sobre la casa. Dicen que intentó entrar, pero encontró cerrado. Y dicen que tantas eran sus ganas de ser niña que varias veces se arrojó contra las ventanas, pero nada. Ese día, todo el día, la gente de San Juan Tabaá vio a la lechuza volar sobre su cielo. La niña volaba y cada vez era más lechuza y menos niña. Y lechuza volaba. Alguien asegura que, cansada de volar, la lechuza descansaba en lo alto de la iglesia.

Pero entre más tiempo pasaba, la niña era más lechuza y menos niña, y más lechuza volaba. La señora se ocupó de no abrir las ventanas, de mantener la puerta cerrada. La niña que era lechuza, lechuza volaba y cada minuto era menos niña y más lechuza. Y lechuza voló, volaba. Cayó la tarde y luego la noche.

Y para entonces la niña lechuza ya no era niña, sólo lechuza. Y lechuza siguió volando hasta diluirse en el azul del cielo. Y dicen que aún regresa a volar sobre San Juan Tabaá, y que antes de irse la lechuza reposa ahí, en lo alto de la iglesia.

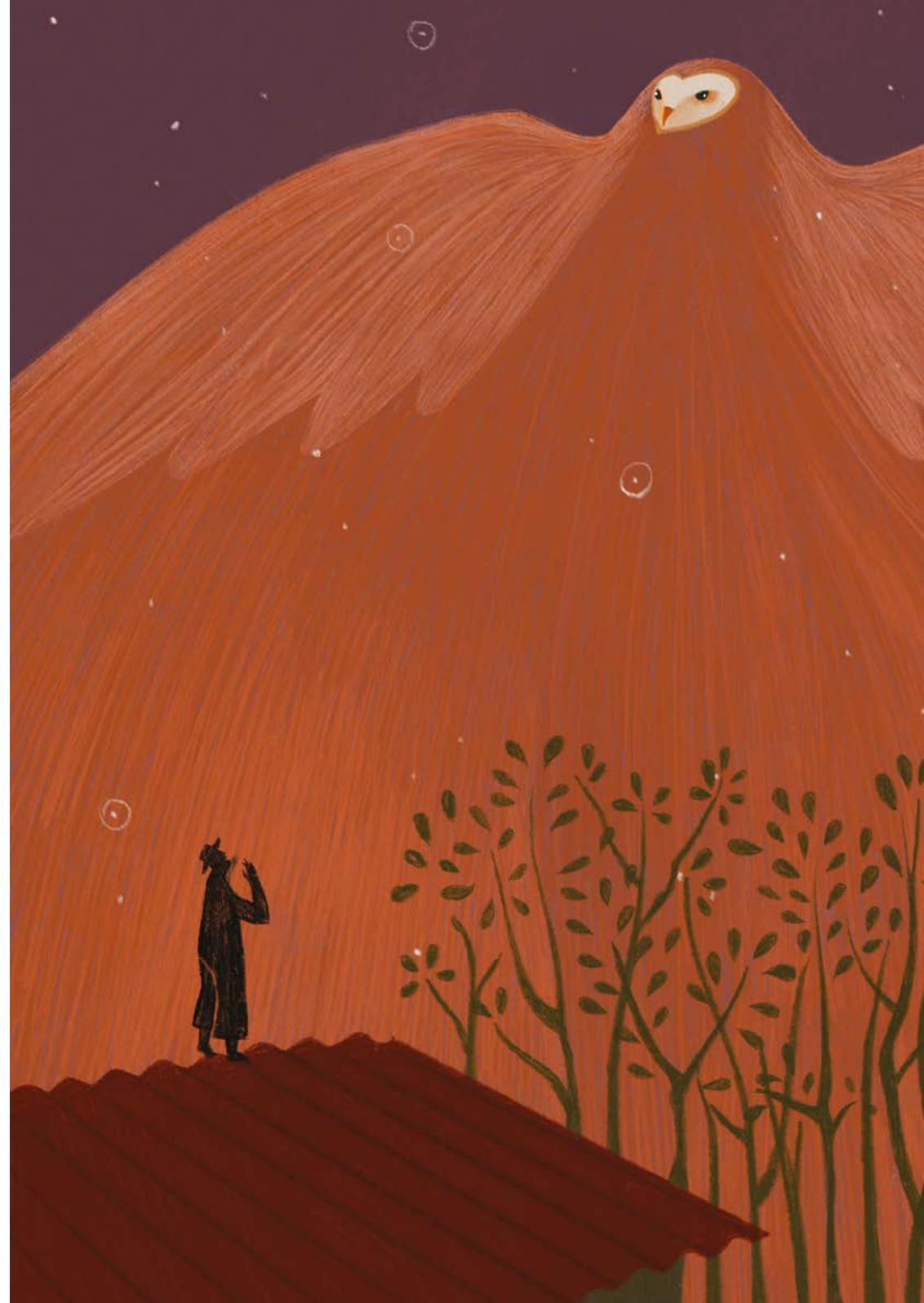


Y también dicen que dos días después llegó el padre; dicen que llevaba la congoja anidada en el pecho, y dicen que los hilos del nido le anudaban la garganta. Le bastó llegar a la primaria de Yojovi para sentir cómo la congoja se le volvió piedra y la piedra lodo y el lodo le anegó el pecho, le llenó de agua la mirada. Dicen que nomás llegar a su casa y ver todo cerrado, supo lo que había pasado. Dicen que se pasó la noche gritando el nombre de su hija.

¿La señora?, no sé, de ella no se supo más nada, supongo que se fue antes de que el padre llegara, para no dar razones, para no verlo a la cara.

Dicen que él se guardó la voz en la casa, que se castigó no volviendo a mencionar palabra y que murió al poco tiempo. Otros dicen que quemó la casa y se largó a los pueblos a contar su desgracia.

Y otros, que quizás usan la palabra loco muy a la ligera, dicen que se volvió loco y que con ojos de loco les ruega a todos que lo escuchen, pues asegura que si su historia se cuenta mil veces, él también se volverá lechuza.





SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Octubre de 2023